fontilles

La ciudad escondida

Una ciudad escondida
que siempre necesitó
ser mostrada.

fontilles

La ciudad escondida

18.06.2026
01.11.2026

COLONIA SANATORIO D Sn FRANCISCO
DE BORJA FONTILLES

fontilles

La ciudad escondida

En los albores del siglo XX, las poblaciones que se sucedían a lo largo de La Vall de Laguar, en la Marina Alta alicantina, vieron aparecer, no sin recelos, los primeros edificios de una nueva localidad que acabó tomando el nombre del valle donde se ubicó. Escondida entre las montañas y muy pronto rodeada de una alta y gruesa muralla, esta nueva población ubicada en el valle de Fontilles creció hasta convertirse en una pequeña ciudad. Se pobló con personas procedentes de lugares que nunca pensaron en abandonar y a los que pocos pudieron regresar. Personas que se habían contagiado de la lepra y habían heredado la pobreza de sus familias. Durante un siglo largo, más de dos mil hombres, mujeres y niños vivieron en Fontilles. Allí trabajaron y se divirtieron, cuidaron y fueron cuidadas, se apoyaron en el sufrimiento y compartieron sus esperanzas. Como en otros muchos pueblos, sí, pero unidas en este caso por un secreto común que las hizo diferentes a todas las demás.

La exposición *Fontilles* abre las puertas de esta *ciudad escondida* e invita a recorrerla y conocerla a través de una selección de objetos, imágenes, documentos, sonidos y voces que conforman la historia de quienes se sirvieron de ellos en sus vidas y supieron guardarlos para que su memoria no se perdiera. Un patrimonio material e inmaterial que ha sido recuperado y preservado gracias a la colaboración entre la Universidad de Alicante y la Fundación Fontilles, y el apoyo económico aportado por la Sasakawa Health Foundation, siendo ahora accesible a través del portal Fontilles y la lepra en España de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y consultable en la sede del Archivo de la Diputación de Alicante.

< Trabajos de reparación del portón de entrada al Sanatorio de Fontilles, 1960-1969, Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 2-1-A-a45

En un cortijo. **Imágenes y voces del viaje y la llegada al Sanatorio de Fontilles.**

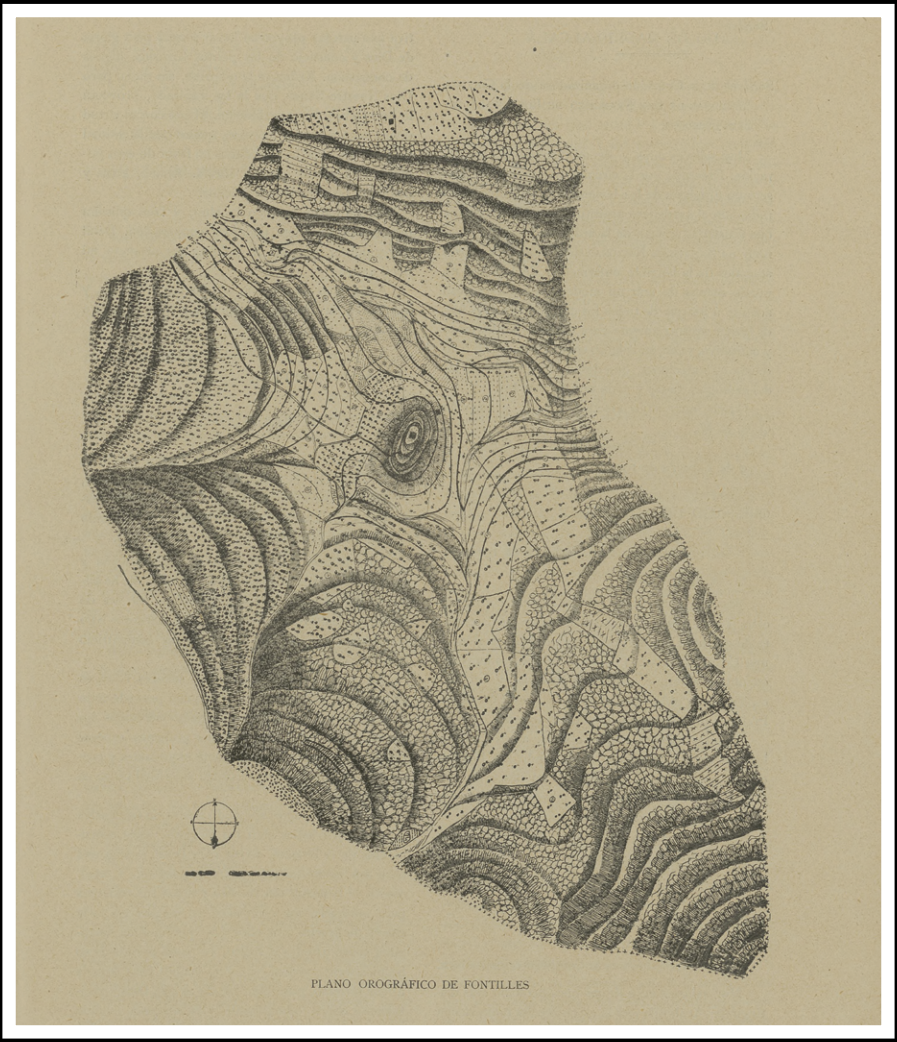
Arquitecturas del aislamiento

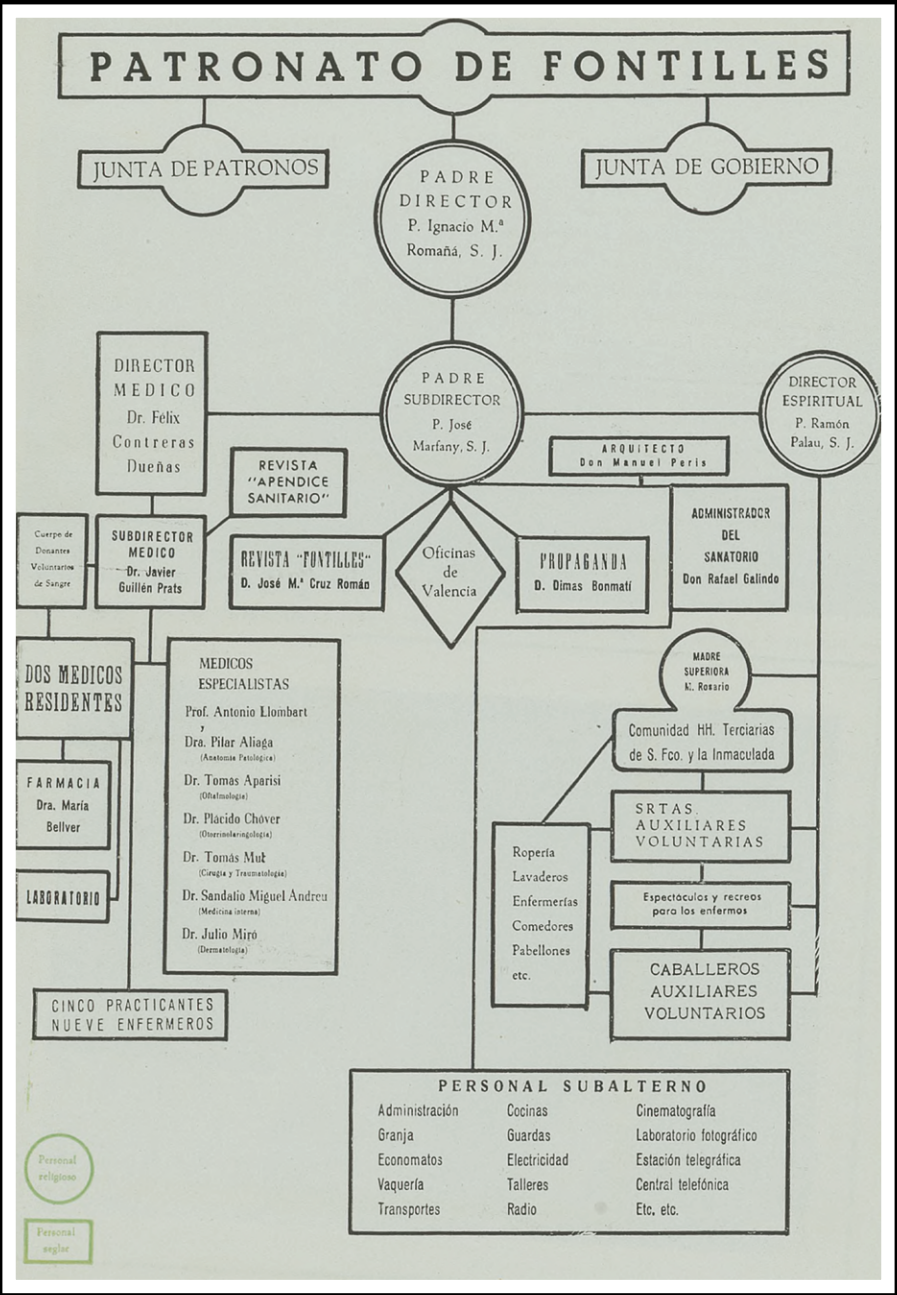
A finales del siglo XIX, la lepra era una enfermedad endémica en muchos pueblos de la Marina Alta alicantina. Allí fue donde el jesuita Carlos Ferris Vila y el abogado Joaquín Ballester Lloret decidieron, en los primeros años del siglo XX, promover la creación de un lugar donde cobijar a las personas afectadas por la lepra, procedentes de esta y otras comarcas cercanas. A ellas se sumaron con los años cientos de personas procedentes de toda España. Se eligió el valle de Fontilles por ser un lugar soleado, con agua abundante, bien ventilado y protegido de los vientos del norte. Era, también, un lugar con una sorprendente asimetría óptica. Mientras que, desde el valle, se divisaban los campos de cultivo que se extendían hasta la costa de Denia y, más allá, hasta la línea del horizonte, donde el mar se encontraba con el cielo, resultaba imposible verlo desde ninguna de las poblaciones vecinas. A esta barrera natural se unieron otras barreras arquitectónicas, destinadas a separar a los de dentro de los de fuera, a los hombres de las mujeres y a los «sanos» de los «enfermos». Los planos y mapas conservados nos muestran el diseño de edificios abiertos para los sanos y cerrados sobre sí mismos para los enfermos; la forma de los espacios como la iglesia, el teatro o los lugares de trabajo y ocio, diseñados para estar todos juntos y mantenerse separados; o la intrincada red de caminos trazada para evitar el encuentro entre unos y otros.

Lugares de aislamiento como el de Fontilles fueron construidos, durante el último tercio del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, en recónditas montañas, en islas o en meandros fluviales de algunos países de Europa y numerosos países de América, África, Asia y Oceanía. Territorios colonizados donde la lepra fue percibida como un riesgo para la salud de las personas y metrópolis que sintieron la amenaza de un mal que circulaba sin control por las rutas abiertas en la expansión colonial. La protección del cuerpo social se hizo a costa del sacrificio de miles de personas que, a juicio de leprólogos, gobiernos y organizaciones religiosas y filantrópicas, debían de ser aisladas para librarlas de un rechazo social y un estigma que, paradójicamente, el aislamiento no hizo más que reforzar.

Arquitecturas del aislamiento. Imágenes y voces de las formas de segregación interna en el Sanatorio de Fontilles.

Mapa topográfico del valle de Fontilles, en *Caridad heroica: Colonia-Sanatorio Nacional de San Francisco de Borja para los pobres leprosos*, Valencia, Tipografía Moderna de Miguel Gimeno, 1904, 145.

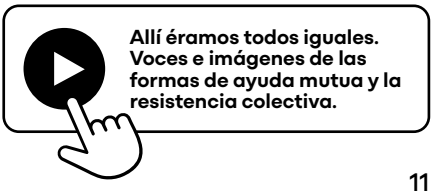




Organigrama de gobierno del Sanatorio de Fontilles, *Fontilles*, 1953 (N.º especial), 10.

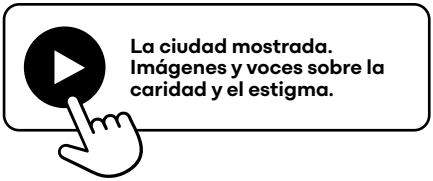
El gobierno de la ciudad

Desde sus orígenes y hasta fechas muy recientes, el gobierno de la colonia-sanatorio de Fontilles tuvo una estructura bicéfala, fuertemente jerarquizada y masculina. La titularidad y el gobierno del sanatorio residían en el Patronato, una asociación confesional y privada, presidida por el Arzobispo de Valencia y formada por bienhechores de la alta sociedad valenciana que velaron por que el sanatorio funcionara en todo momento bajo la inspiración de los principios católicos. También, por su independencia frente a lo que se consideraron como «injerencias» de las administraciones públicas, al pretender supervisar el funcionamiento de una institución que era financiada, en parte, con fondos públicos. El Patronato ejerció sus tareas de dirección y administración a través de una Junta de Gobierno, cuyos miembros nombraba y sobre la que recaía la personalidad civil y jurídica de la institución. La sede social de Fontilles se ubicó inicialmente en Gandía, donde se celebraron durante muchos años las reuniones de la Junta de Gobierno (a veces, también en Pego); mientras que las del Patronato eran convocadas en la residencia de su presidente, en el palacio arzobispal de Valencia. A esta ciudad se trasladó la sede social en 1943.
La labor de gobierno y representación que estos dos organismos ejercían desde fuera de Fontilles era complementada con la dirección ejecutiva y espiritual del sanatorio, ejercida, intramuros, por el padre-director y los jesuitas que le asistían en su tarea, todos ellos designados por el Provincial de la Provincia Tarraconense de la Compañía de Jesús. El subdirector era responsable de la administración, la propaganda y las tareas de mantenimiento del sanatorio, realizadas por el personal laboral contratado y por los propios enfermos. El director espiritual, por su parte, tenía bajo su competencia el trabajo asistencial desempeñado por las Hermanas Terciarias de San Francisco y la Inmaculada, encabezadas por una Madre Superiora y responsables del cuidado corporal de los enfermos. Sobre él y sobre ella recaía, también, la responsabilidad de gestionar el trabajo realizado por las voluntarias y los voluntarios que residían en el sanatorio y asistían en todas las tareas de cuidado y mantenimiento. La posición jerárquica del director médico fue motivo de numerosas controversias. De él dependía la dirección del equipo médico y la actividad clínica e investigadora del laboratorio, además de la edición de la *Revista de Leprología*.



La ciudad mostrada

A pesar de haber sido construida para ser invisible, Fontilles necesitó ser mostrada permanentemente. «Propaganda» es el término usado durante décadas por los gestores del sanatorio para designar todas las actividades destinadas a mostrar la labor social, espiritual y sanitaria de Fontilles. También, para recabar los apoyos económicos y políticos, públicos y privados, necesarios para que Fontilles pudiera nacer, crecer y mantener su actividad durante más de cien años, sobreviviendo a una guerra, dos monarquías, dos dictaduras y una república. Desde su primer número, publicado en 1904, cuando en el valle apenas se distinguían las primeras construcciones, la revista *Fontilles* fue un instrumento clave en esta tarea divulgadora y recaudatoria. La revista llegó a miles de suscriptores en toda España, que en algunos lugares se organizaron alrededor de las llamadas peñas amigas de Fontilles. Las huchas son un testimonio simbólico de este apoyo humano, social, material y económico que también se materializó en los viajes organizados periódicamente por las peñas para visitar a los habitantes de Fontilles y hacer entrega oficial de todo lo recaudado. Las innumerables campañas de recogida de fondos a pie de calle y hucha en mano o los actos benéficos como corridas de toros, partidos de fútbol y todo tipo de eventos públicos tuvieron también su relevancia en el sustento de este proyecto colectivo.



Visita al sanatorio de los vecinos de Petrer para la entrega de donativos y regalos en 1965, Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 7-3-I-aa15.

Un paseo en moto de las Hermanas Franciscanas y las voluntarias en 1960, Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 6-1-F-d3.

Sanos

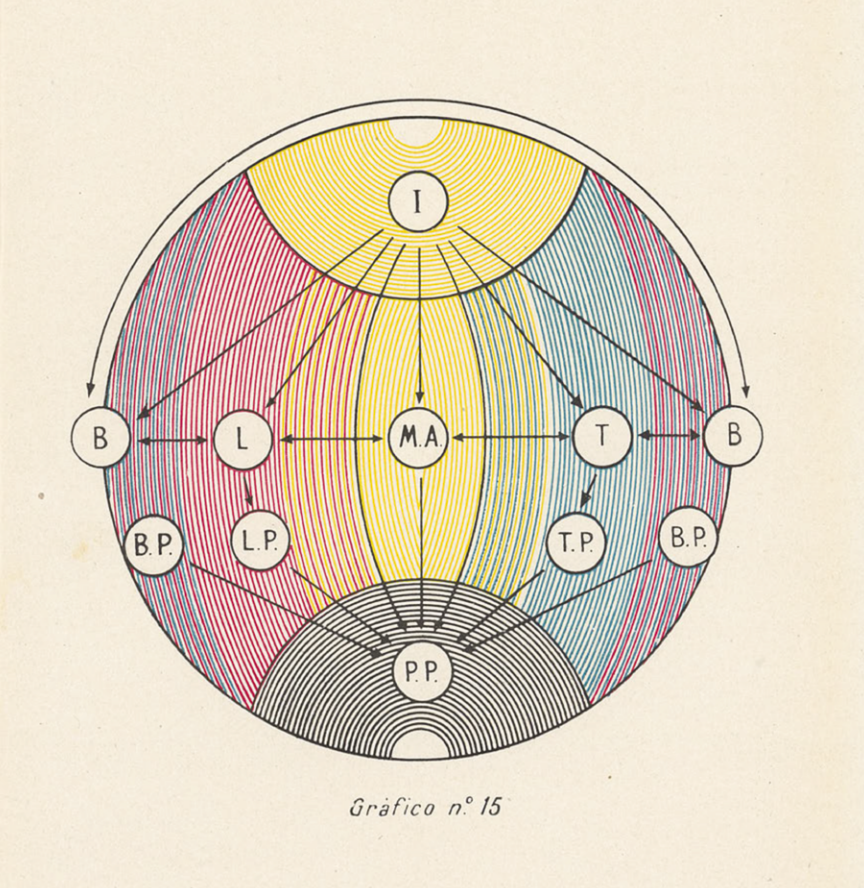
En Fontilles, los «sanos» eran las personas que se ocupaban del mantenimiento de la colonia-sanatorio y del cuidado de sus habitantes. Llegaron solas o con sus familias y se instalaron en los edificios construidos a la entrada y en la parte alta del valle. Allí vivieron las familias de los albañiles, carpinteros, panaderos, cocineros, administradores y jóvenes aprendices, que fueron contratados para ocuparse del mantenimiento de las instalaciones y el suministro de alimentos. Contaron con sus espacios de trabajo, sus residencias familiares y hasta con un colegio para sus hijos. Las voluntarias vivieron junto a las religiosas en residencias que fueron mudando de ubicación a lo largo del siglo. Se ocuparon del cuidado de los enfermos en un sentido muy amplio: desde la alimentación y el acompañamiento hasta la asistencia sanitaria. Sabemos poco acerca de las motivaciones concretas que llevaron a las voluntarias y a los voluntarios –que también los hubo– a abandonar sus vidas, a menudo acomodadas, y dedicarlas al cuidado de los demás, sin recibir ningún tipo de remuneración por su trabajo. Algunas se quedaron para siempre, otras lo hicieron durante largos periodos de su vida. Y hubo también quienes encontraron en Fontilles a la persona con la que empezar una nueva vida del otro lado de la muralla, la de piedra y la de los prejuicios.

Laboratorio

Los fundadores de Fontilles usaron el término «sanatorio» para nombrar su proyecto porque con él se expresaba de manera explícita la voluntad de contribuir a la búsqueda de un remedio con el que sanar a los enfermos y no limitarse únicamente a su aislamiento y cuidado corporal y espiritual, como habían hecho las antiguas «leproserías» y «lazaretos», durante siglos. Por eso, además de contar con servicios de asistencia médica como una farmacia, una enfermería y una clínica, Fontilles fue dotado, desde muy temprano, con un laboratorio. Algo más difícil resultó contar con un equipo médico estable. Salvo en el breve periodo de tiempo en que la asistencia médica estuvo garantizada por el equipo de facultativos y sanitarios enviados por el gobierno de la Segunda República, bajo la dirección de Pablo Montañés Escuer, la labor asistencial y buena parte de la actividad del laboratorio estuvo durante mucho tiempo a cargo de las religiosas franciscanas y de los especialistas que se desplazaban desde los pueblos colindantes para pasar periódicamente las oportunas consultas. También ejercieron a distancia la dirección médica de los departamentos clínicos y del laboratorio, tanto Mauro Guillén Comín, desde Valencia, durante el primer tercio del siglo XX, como Félix Contreras Dueñas, desde Madrid, durante toda la posguerra y la dictadura, hasta la llegada de José Terencio de las Aguas, a finales de la década de 1960, cuando su cercanía y los proyectos de investigación permitieron la conformación de un equipo estable de especialistas.

Hermanas franciscanas en el laboratorio de Fontilles hacia 1950, Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 81-03-028-02

Propuesta de clasificación de las formas clínicas más frecuentes de la lepra. Víctor Martínez Domínguez, *Estudio epidemiológico y clínico de la endemia de lepra en la Guinea española*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, CSIC, 1954, Gráfico n.º 15.



Diagnóstico

La identificación del bacilo *Mycobacterium leprae* como el agente patógeno de la lepra, a finales del siglo XIX, cambió el modo en que esta enfermedad había sido explicada y tratada hasta entonces. Dejó de ser percibida como una enfermedad visible que se manifestaba en el cuerpo de las personas para convertirse en una enfermedad invisible que podía esconderse en el cuerpo de las personas, mucho antes de que los síntomas delataran su presencia. La tesis del contagio, durante mucho tiempo discutida por quienes defendían su carácter hereditario, reforzó el miedo a la lepra y el rechazo a las personas afectadas. A pesar de comprobarse que se trataba de una de las menos contagiosas de las enfermedades infecciosas, los leprólogos reunidos en el primer congreso internacional de lepra, celebrado en Berlín en 1897, concluyeron que el aislamiento era la mejor medida profiláctica, lo que sirvió de argumento para la creación de sanatorios leprológicos en todo el mundo. El consenso sobre la etiología bacteriana de la lepra cambió también las técnicas de diagnóstico. Éste había sido uno de los grandes retos de la medicina moderna, incapaz de distinguir con precisión la lepra de otras enfermedades con manifestaciones clínicas similares. Errores que, en este caso, tuvieron gravísimas consecuencias para las personas afectadas. A los métodos clínicos basados en la observación de las lesiones cutáneas se sumaron otros microscópicos, capaces de identificar la presencia del agente patógeno en los tejidos corporales donde anidaba. A pesar de estas nuevas técnicas diagnósticas, la diferenciación de los tipos de lepra y las causas de la disparidad de síntomas entre unas formas y otras siguió siendo objeto de debate y de propuestas de clasificación durante mucho tiempo.

Tratamientos

Nunca se pudo cultivar *in vitro* el bacilo *Mycobacterium leprae*. Tampoco se logró infectar artificialmente a otros animales, con la excepción del armadillo. El cuerpo de las personas afectadas por la lepra se convirtió, por ello, en el único medio disponible para estudiar la eficacia de las decenas de tratamientos químicos y naturales ensayados a lo largo del siglo XX. En el laboratorio de Fontilles, como en los ubicados en otros sanatorios de todo el mundo, se ensayaron muchos de esos tratamientos: desde el aceite de chaulmoogra, sobre el que depositaron grandes esperanzas, antes de la llegada de las primeras sulfonas a principios de los años 40, hasta las nuevos fármacos sintetizados y ensayados en las décadas siguientes, en busca de la combinación más adecuada. En 1982, la Organización Mundial de la Salud (OMS) fijó la triple quimioterapia (rifampicina, clofazimina y dapsona) que todavía se utiliza en la actualidad para el tratamiento de la lepra. «Hemos abierto muchos caminos», reivindicaba con orgullo Maruja, al recordar la contribución, no siempre reconocida, que generaciones de personas afectadas por la lepra habían prestado al conocimiento de esta enfermedad, cediendo sus cuerpos con la esperanza de que el nuevo fármaco ensayado fuese el definitivo. El uso de la talidomida para el tratamiento de las leprorreacciones fue una de las investigaciones clínicas en las que el laboratorio de Fontilles participó con mayor empeño. Bajo la dirección médica de Félix Contreras, primero, y de José Terencio de las Aguas, después, se realizaron ensayos clínicos sobre más de ciento setenta pacientes, durante la década de los años 60 y 70. Se usaron remesas de talidomida suministradas por la Dirección General de Sanidad y la empresa farmacéutica alemana Grünenthal, o su filial española MEDINSA, y los resultados fueron presentados en las conferencias internacionales de leprología. También fueron publicados en las dos revistas del sanatorio y en revistas internacionales. Así ocurrió con el gran ensayo coordinado por la OMS, en el que Fontilles participó junto a otros sanatorios de India, Mali y Somalia.

Armadillo disecado,
Fondo Material de Fontilles, 24.

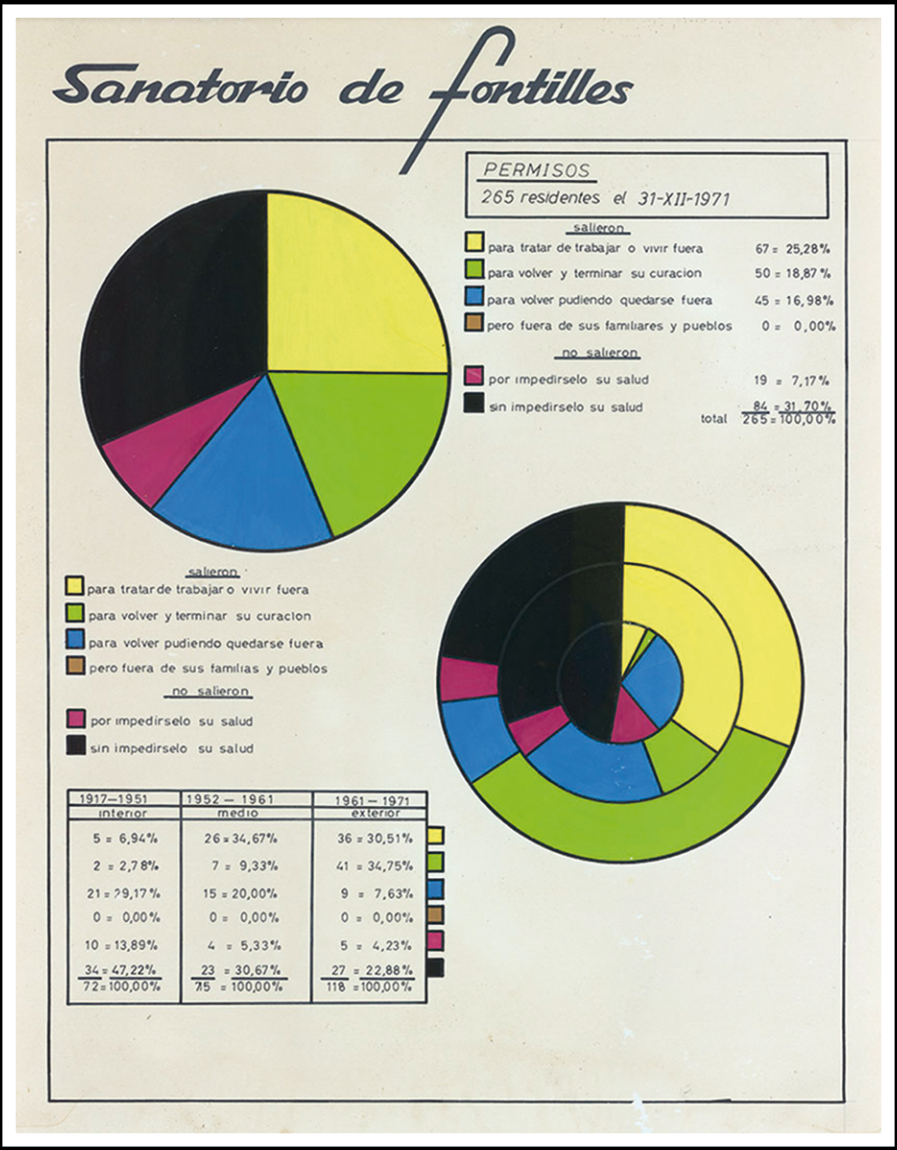
Transfusor I.E.H.H. Elosegui-Arévalo,
Fondo Material de Fontilles, 23.

Sangre

Los análisis de sangre, una práctica habitual en todos los laboratorios clínicos, tuvieron en el de Fontilles un significado especial. Sirvieron para el control de las anemias y otros trastornos sanguíneos provocados por la lepra o por los efectos secundarios de los tratamientos sulfónicos. Testimonio material de estas técnicas son algunos de los instrumentos expuestos, como los colorímetros ideados a lo largo del siglo XX para determinar la concentración de hemoglobina; o las centrífugas, usadas para separar los componentes de la sangre y calcular su concentración mediante procedimientos como, por ejemplo, el uso del contador diferencial Marbel para determinar el número de los diferentes tipos de células sanguíneas presentes en una muestra de sangre observada al microscopio. Por otra parte, las transfusiones de sangre fueron ampliamente utilizadas desde la década de 1950 para compensar las anemias y para aliviar las temidas leprorreacciones: respuestas del sistema inmunitario de los pacientes, que supusieron un grave obstáculo para la aplicación de los nuevos tratamientos sulfónicos. Las transfusiones fueron también utilizadas en las investigaciones sobre inmunoterapia de la lepra. Se realizaron numerosos ensayos para comprobar la eficacia de las transfusiones de pacientes convalecientes o con formas leves de lepra para el tratamiento de las formas más graves. El transfusor ideado y patentado en los años 40 por Carlos Elosegui Sarasola y Ramón Arévalo García en Instituto Español de Hematología y Hemoterapia fue crucial en estas técnicas, al permitir la transfusión indirecta de sangre, sin necesidad de que el donante estuviera presente.

Demografías

En Fontilles se dibujaron decenas de mapas y gráficas para mostrar la procedencia de sus habitantes y los cambios demográficos de su población. Los mapas recordaban la persistente endemia de la lepra en Andalucía, Canarias, Galicia y las provincias valencianas, de donde procedían la mayoría de los habitantes de Fontilles. En la década de 1960, cuando la población de Fontilles alcanzaba su máximo, se realizó un minucioso estudio estadístico sobre el estado de salud, las características socioculturales y la aptitud para el trabajo de los hombres y mujeres residentes en el sanatorio. Las gráficas mostraban el constante aumento de los ingresos y el decrecimiento de las muertes, especialmente a partir de los años 40, cuando los nuevos tratamientos con sulfonas permitieron, además, dar las primeras altas. Los colores dibujaban una población formada por más hombres que mujeres, en su mayoría personas casadas que habían dejado atrás a sus familias. Una población que envejecía progresivamente, a medida que avanzaba la edad de los que se quedaban y se generalizaba la marcha de los más jóvenes.
El analfabetismo y la pobreza acompañaban a esta población de antiguos campesinos y amas de casa, en la que los operarios o artesanos eran la única excepción. Nada decían estas gráficas de todas esas otras personas que, por contar con los medios necesarios, lograron acceder a los cuidados médicos y a los tratamientos sin ser aislados en los sanatorios. Los mapas y las gráficas fueron expuestos en congresos médicos y conferencias internacionales de leprología, donde sirvieron para mostrar al mundo la labor sanitaria y social realizada por Fontilles. También ocuparon las portadas a todo color de hasta siete números de la revista *Fontilles*, donde sirvieron para constatar con datos irrefutables la importancia del trabajo realizado en Fontilles y animar a sus lectores a seguir sustentando esta labor con sus donaciones y limosnas.

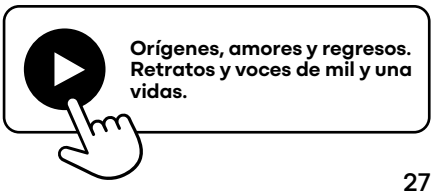


Distribución de los permisos de salida concedidos a los 265 residentes en el Sanatorio de Fontilles en diciembre de 1971, según las motivaciones que les llevaron a solicitarlo, Fondo Documental de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 3251-013.

Almendro de masa de porcelana, moldeados y pintados en el taller organizado por Luci en el antiguo locutorio del sanatorio de Fontilles, Fondo Material de Fontilles, 426.

Vidas

De las decenas de miles de personas que fueron aisladas, a veces de por vida, en los cientos de sanatorios leprológicos construidos en todo el mundo, apenas sabemos lo que reflejan los datos estadísticos y lo que de sus vidas contaron quienes se encargaron de su custodia y cuidado. La imagen colectiva e individual de estas personas, construida a través de cifras y crónicas ajenas, estuvo fuertemente condicionada por las dificultades para obtenerlas y los intereses de quienes las produjeron. Los objetos, las imágenes y las voces recogidas en esta sección nos acercan un poco más a esas vidas, a sus aspiraciones y frustraciones, a las luchas personales y colectivas libradas, en este caso, por los habitantes de Fontilles. Podrán escuchar sus voces acomodándose junto a una mesa camilla, muy parecida a las mesas familiares sobre las que se esparcieron las fotografías, los papeles y los objetos que despertaron los recuerdos e hicieron fluir el relato de toda una vida. Conoceremos el largo viaje que les llevó desde sus lugares de origen hasta los sanatorios donde fueron conducidos o a los que llegaron por su propio pie, como hizo Antonio en su moto de afilador, símbolo de la libertad perdida. Son pequeños objetos cargados de historias y, a veces, dotados de un gran poder. Como el almendro de masa de porcelana, moldeado y pintado en el taller que Luci organizó en el locutorio. Los árboles y las flores transformaron ese antiguo espacio de reunión entre los enfermos y sus familias en un lugar de encuentro para las mujeres de Fontilles y para las de los pueblos vecinos, que cruzaron la muralla física y simbólica del sanatorio para compartir juntas su arte y sus vivencias. O como la entrevista televisiva que Salvador concedió a José María Íñigo para mostrarse ante todos y defender a los suyos. Son retazos de la vida de personas que fueron marcadas como diferentes y sacrificadas para protegerlas y protegernos de un mal, durante mucho tiempo temido e incurable, del que, a pesar de haberse logrado curar, nunca consiguieron desprenderse del todo. Como dice Carmen en uno de esos relatos, a los ojos de los demás, «el que tiene la lepra una vez, es leproso para toda la vida».



Trabajo

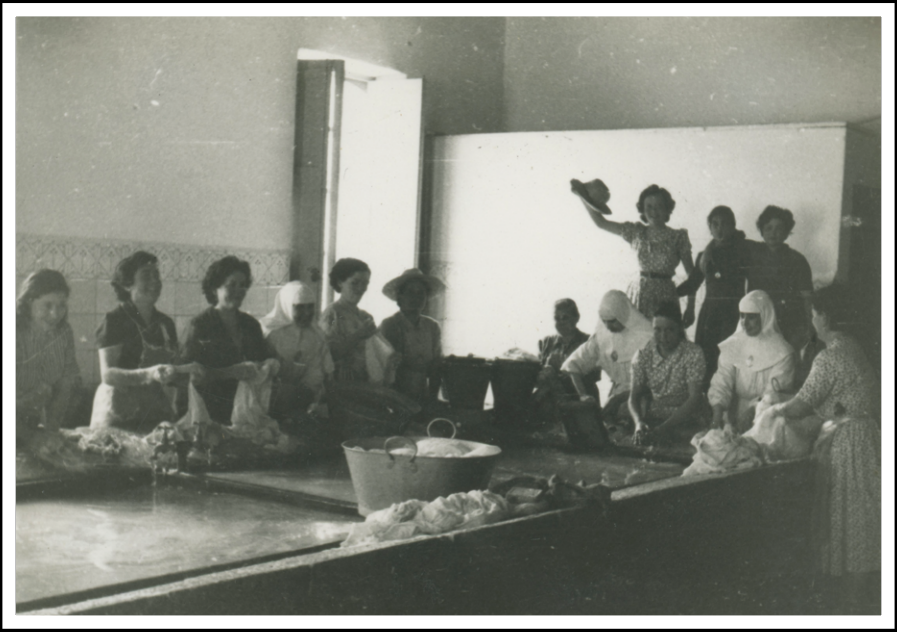
«Ganaba un cartón, que valía por veinte duros. Los billetes no eran billetes, eran cartones. Valía sólo para aquí, valía como dinero»

Además de «sanatorio», Fontilles se definió como una «colonia». Inspirada en el modelo de las colonias agrícolas, en la colonia-sanatorio de Fontilles el trabajo se concibió como un remedio al servicio de la sanación moral y corporal de sus habitantes y un antídoto contra los males atribuidos a la ociosidad. Las actividades laborales fueron un eficaz instrumento de intervención colectiva con el que fijar los tiempos y los espacios de la vida cotidiana de las personas. Además de la producción agrícola y ganadera, los hombres trabajaron en los talleres de carpintería, zapatería y alpargatería, lampistería y electricidad, herrería, imprenta y encuadernación, o formando parte de brigadas encargadas de la limpieza y el cuidado de los caminos y jardines o de las tareas de albañilería y pintura en viejos y nuevos edificios. Las mujeres se ocuparon del lavado, reparación y confección de la ropa, así como de la limpieza de las instalaciones. La división por género de las ocupaciones tuvo su correlato en la ubicación de los espacios de trabajo, siempre cercanos a las zonas de residencia de los hombres o de las mujeres. La actividad laboral era voluntaria para quienes los responsables médicos declaraban aptos para el trabajo.

Se incentivó de diferentes formas, que iban desde la gratificación con cajas de tabaco al pago de un salario. El sanatorio garantizaba la cama, el tratamiento y la comida para todos los residentes, pero todo lo demás debía de adquirirse en el economato, donde solo se admitía el pago con los llamados «cartones». «Ganaba un cartón, que valía por veinte duros. Los billetes no eran billetes, eran cartones. Valía sólo para aquí, valía como dinero», contaba Paco al explicar su trabajo en el comedor de hombres. El uso de una moneda interna fue una fórmula empleada en muchos sanatorios. Con ello se evitaba la circulación de dinero dentro de las instalaciones y se prevenían los intentos de fuga. A partir de la década de 1950, cuando los tratamientos sulfónicos permitieron las primeras altas, el trabajo de los enfermos adquirió una nueva finalidad en Fontilles. Los talleres se convirtieron en escuelas laborales destinadas a ofrecer una formación profesional que facilitara lo que en aquellos años se denominó «reinserción social». Se generalizó también el pago de salarios en pesetas, permitiendo las compras dentro y fuera del sanatorio, o la acumulación de pequeños ahorros con los que ayudar a las familias o preparar la salida.

Un cartón, veinte duros. Imágenes y voces del trabajo de los hombres en Fontilles.

***Ná y menos.* Imágenes y voces del trabajo de las mujeres en Fontilles.**



La lavandería del sanatorio en 1958, Fondo Documental de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 0081-03-001-02.

El voluntario José Ruiz de Azúa observa los bailes y jaleos, tras una paella organizada en 1949, Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, 5-E-d3.

Ocio

«Había distracción y se cantaba, se reía, había fiestas. Ellas estaban allá y nosotros aquí»

«Había mucho más compañerismo y lo pasábamos muy bien, porque formábamos unas juergas... ¡Menudas juergas formábamos! El cura no se enteraba; lo hacíamos nosotras solas» –cuenta Emilia al recordar lo que ella encontró en Fontilles cuando llegó en 1977, con apenas 22 años de edad. También Abilio, que llegó unos años antes, siendo todavía un niño, recordaba que «había distracción y se cantaba, se reía, había fiestas», aunque se lamentaba de que «ellas estaban allá y nosotros aquí». Estos momentos de distracción, de alegría, de festejo y de compañerismo son una constante en el relato de quienes estuvieron en Fontilles o en el sanatorio de Trillo, el otro gran sanatorio, abierto en 1943. Compartir los paquetes de comida que las familias mandaban, escuchar y acompañar a los que cantaban las coplas y cantes flamencos aprendidos en sus pueblos del sur, arropar al recién llegado, bailar o reunirse para charlar son algunas de esas formas de ocio que hacían a los hombres y mujeres de Fontilles sentirse iguales y que tanto contribuyeron a tejer los vínculos de amistad y solidaridad –de «unión», nos dicen– que les ayudaron a sobrellevar el aislamiento y el desarraigo, y que mantuvieron de por vida.

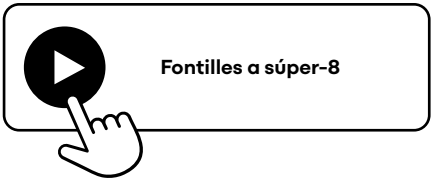
De estas formas de ocio libre y clandestino solo ha quedado el testimonio de quienes prestaron el relato de su vida. De lo que sí ha quedado un abundante rastro es de esas otras formas de ocio organizado y vigilado que marcó el calendario festivo del sanatorio y que dio lugar a miles de fotografías y horas de películas y grabaciones sonoras. Las paellas en el campo, el desfile de los moros y cristianos de Alcoy, las fiestas patronales del sanatorio, las celebraciones religiosas, la visita de las peñas amigas de Fontilles o la llegada de invitados ilustres marcaron el calendario con hitos que fraccionaban el monótono discurrir de los días. Las fotografías y películas conservadas nos muestran el entusiasmo de las corridas de toros y el jolgorio de las tómbolas, las gincanas, las carreras de sacos y la infinidad de juegos infantiles en los que participaron los hombres y mujeres del sanatorio, bajo la atenta mirada de quienes se ocupaban de su cuidado y custodia.

¿Mi María canta? Voces e imágenes de los encuentros alrededor del baile y el cante.

Encuentros

«Luchar contra la monotonía de unas vidas que transcurren jornada a jornada dentro de este recinto amurallado»

El teatro y la iglesia fueron, durante décadas, los dos únicos lugares del sanatorio de Fontilles donde hombres, mujeres, sanos y enfermos compartieron un mismo espacio. Para permitir estos encuentros y evitar los contactos, se trazaron caminos paralelos, se abrieron puertas de acceso separadas y se habilitaron espacios diferenciados. Los relatos nos hablan del incesante cruce de miradas y el intenso tráfico aéreo de notas enviadas de un lado al otro de la sala entre quienes veían en esos lugares una oportunidad única para hacer saber a quien se sentaba del otro lado cuáles eran sus sentimientos y cuáles sus pretensiones. Nos hablan también de las múltiples formas de censura empleadas para evitar que la vestimenta de los actores invitados o las escenas de las películas proyectadas en la sala de cine alteraran el ánimo de los espectadores y atentaran contra la moralidad. «La máquina la llevaba el cura y, con un cartón, si había una que iba a hacer así... ¡pup!, acartonado. Él lo veía, pero fuera, ya no. Ponía el cartón delante de la cámara, donde está el foco que sale, y ¡pap!, un cartón y ya no sale», explicaba gráficamente Abilio en su recuerdo de esos años. En julio de 1952, la revista *Fontilles* anunciaba a sus lectores la llegada de la máquina cinematográfica sonora OSSA, la misma que, se afirmaba, tenía el «87 por ciento de los salones cinematográficos de España». De ella se esperaba que ayudara a «luchar contra la monotonía de unas vidas que transcurren jornada a jornada dentro de este recinto amurallado» y permitiera proyectar «buen cine, se entiende, el que divierte, enseña y moraliza a un mismo tiempo». El proyector OSSA y un banco del teatro de Fontilles han servido para recrear una sala de cine y proyectar *Fontilles a súper-8,* una película montada con secuencias tomadas de las decenas de grabaciones hechas, cámara en mano, por los habitantes y visitantes de Fontilles en los años 60 y 70 y entregadas al Archivo Fílmico del Institut Valencià de Cultura para su digitalización, conservación y consulta.



Fotograma de la película *Fontilles a súper-8*, editada y montada por Helena Llopis Davó, Fondo Fílmico de Fontilles, Archivo Fílmico del Institut Valencià de Cultura.

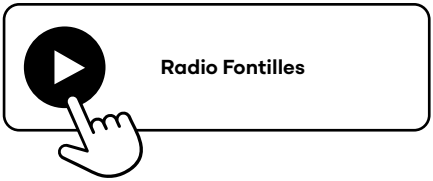
Fondo Fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, C-a96.

Fotografías

El proyecto de recuperación y puesta en valor del patrimonio histórico de Fontilles, que culmina con esta exposición, ha permitido recuperar, digitalizar y catalogar cerca de veinte mil imágenes fotográficas, que conforman actualmente el Fondo fotográfico de Fontilles, cedido al Archivo de la Diputación de Alicante para su conservación y consulta.
Es un fondo único en el contexto de los sanatorios leprológicos de todo el mundo tanto por su volumen y el arco cronológico que abarca como por la variedad de temas tratados y técnicas empleadas. La colección retrata una historia de la fotografía en España durante el siglo XX, que recorre la evolución de las cámaras fotográficas, de los métodos de reproducción de las imágenes y de los lenguajes y estilos visuales, además de ayudar a comprender la construcción de la imagen contemporánea de la lepra.
Son todas ellas imágenes sociales, distintas al fondo de fotografía clínica, de dimensiones aún mayores. Un fondo de esta magnitud no se entiende sin recordar la imperiosa necesidad que el sanatorio de Fontilles tuvo de mostrarse para lograr los recursos públicos y privados necesarios para continuar con su labor social, espiritual y sanitaria.
Las imágenes sirvieron para ilustrar las dos revistas editadas por el sanatorio y las noticias aparecidas periódicamente en la prensa local y nacional, así como para diseñar los posters y estands que el sanatorio presentó en los congresos médicos nacionales e internacionales en los que participó asiduamente.
Las fotografías que se proyectan en esta exposición fueron hechas en los años 30 y son testimonio del trabajo de reforma integral del sanatorio llevado a cabo por el equipo médico nombrado por el gobierno de la Segunda República, como testimonian los pequeños tejuelos de papel con el membrete del entonces «Sanatorio Nacional de Fontilles», todavía visibles en muchas de las placas. Sobre ellos se escribió el número de registro y el año de ingreso de la persona fotografiada.
Conforman una colección de más de trescientas fotografías en blanco y negro, hechas sobre placas de cristal y gelatina de plata, posiblemente por un fotógrafo profesional, lo que explicaría la calidad de las imágenes y la fuerza expresiva de los retratos.

Radio Fontilles

Desde los primeros años cuarenta, la Junta de Gobierno incorporó nuevas medidas disciplinarias al *Reglamento de régimen interno* del Sanatorio de Fontilles, con el fin de poner coto a los desmanes de los "enfermos díscolos y recalcitrantes". Entre ellas, "cortar de raíz los abusos de radios personales". Juan Villalonga, presidente de la Junta de Gobierno, informaba a los lectores de la revista *Fontilles* que con tal medida se perseguía "evitar algo muy desagradable, tanto como suponía el tener las ondas libres para que los enfermos con sus radios captaran las que no era, por ningún concepto, conveniente que escucharan". Para lograrlo, la Junta decidió implantar un sistema de emisión radiofónica centralizado y una red de altavoces, situados en salas, plazas y puntos elevados, que hiciera llegar la programación a todos los rincones del sanatorio. El primer estudio de Radio Fontilles fue instalado, a principios de 1945, en la hospedería, junto a las dependencias de dirección y administración del sanatorio. Al frente de la emisora estuvo sobre todo el padre Ramón Palau Rodamilans. Sus programaciones consistían en "emisiones de carácter recreativo, apologético e informativo", destinadas a "alegrar e ilustrar a los enfermos". Hacia 1958, la parrilla diaria se abría a las doce "con el rezo público del Ángelus" y seguía con la comunicación de "órdenes, avisos y noticias" además de "inundar de música el Sanatorio" y transmitir "amenos guiones radiofónicos interpretados por enfermos y enfermas".



El primer estudio de Radio Fontilles, inaugurado oficialmente en junio de 1947. Fondo fotográfico de Fontilles, Archivo de la Diputación de Alicante, a_102

Micrófono Ronette (Holanda), ca. 1950.
Fondo material de Fontilles, 150

La casa Diodo de Madrid suministró los componentes del primer estudio de Radio Fontilles, puesto en marcha en febrero de 1945. Constaba de un amplificador, dos previos, un tocadiscos, un receptor de radio y un micrófono, que fueron instalados improvisadamente en un escritorio tipo *bureau*, que hacía las veces de mesa de control. Se estrenó con la retransmisión de los "actos solemnes" de la Semana Santa de 1945, celebrados en la Iglesia y seguidos "por todo el sanatorio", gracias al nuevo "servicio de radiofonía".
El "circuito radiofónico" fue completamente renovado en 1958. Entre las novedades que incorporó, se destacó una "ingeniosa adición", ideada por el padre Palau, por la que "la central se convierte en receptora desde la iglesia y el teatro, con el fin de retransmitir lo que recibe a las dependencias que convenga".
Nada se ha conservado de estos dos primeros estudios. Los aparatos expuestos datan de la última etapa de Radio Fontilles, en la década de 1960, cuando las radios personales volvieron al sanatorio y comenzaron a relegar las emisiones de Radio Fontilles a cumplir una función puramente informativa. Para entonces, el magnetófono Akai era usado por el padre Palau para registrar y editar los contenidos, antes de ser emitidos. En sus cintas magnetofónicas se grababan la música reproducida en el tocadiscos Dual y las entrevistas, actos religiosos y discursos registrados directamente en el estudio con el micrófono Ronette, o en las diferentes dependencias del sanatorio con el magnetófono portátil Ingra primero y, más tarde, con la grabadora Philips EL 3300, incorporada al sanatorio poco después de su lanzamiento en 1963 como el primer modelo capaz de grabar en cintas de casete.
Algunas de estas emisiones se han conservado y han permitido llevar a la exposición el paisaje sonoro del sanatorio.

De Can Masdeu a Fontilles

En 1904, el hospital de San Lázaro de Barcelona abandonó la ciudad para ubicarse en la antigua masía de Can Masdeu, en la colina de Horta, a los pies de la sierra de Collserola. Allí fueron aisladas, durante décadas, personas procedentes de Cataluña que se habían contagiado de la lepra. A finales de la década de 1950, la Dirección General de Sanidad decidió el cierre de los lazaretos provinciales y el traslado de todos sus residentes a los sanatorios de Trillo, en Guadalajara, y Fontilles, en la Marina Alta alicantina. No era la primera vez que sus condiciones de vida en esa antigua masía de la montaña de Horta habían sido puestas en cuestión en nombre de una "razón sanitaria" que aconsejaba su traslado a nuevas instalaciones hospitalarias. Siempre lograron resistir defendiendo que aquel lugar, además de ofrecer las condiciones de aislamiento y cuidado necesarias, les permitía "transitar libremente por los amplios huertos y jardines del Establecimiento y por las parcelas de terreno que a cada enfermo se conceden para su solaz y entretenimiento". De nada sirvió esta razón vital cuando recibieron la orden irrevocable de recoger sus enseres y subirse al autobús que les llevaría hasta Fontilles. Los acompañó el doctor Jorge Monfort Barba, jefe del equipo móvil de la "Lucha nacional contra las dermatosis infecciosas" de Barcelona. En una entrevista publicada en *La Vanguardia Española*, afirmaba que la resistencia a marcharse se debía a un "sentimentalismo de lugar" y que, en realidad, "una resistencia seria, no la ha puesto ninguno"; a lo que el periodista Manuel del Arco Álvarez respondió: "poca resistencia tienen los pobres".

Panorámica del Hospital de San Lázaro instalado en 1904 en la masía de Can Masdeu de Horta, en Barcelona. Arxiu Històric de l'Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, 03_04_01_0001

Radio de siete transistores, modelo Barbi, producida a finales de la década de 1950 por el fabricante catalán Andrés Valls Costa, y traída al sanatorio de Fontilles desde Barcelona por Antonio Pérez d'Olaguer. Unidad donada por el coleccionista de radios José Ramón Fernández Ibáñez, de Logroño. Fondo Material de Fontilles, 487.

Al autobús que paró, en la mañana de un 7 de enero de 1961, a las puertas de la masía de Can Masdeu se subieron ocho mujeres y doce hombres. Se llamaban Consol, Rosa, Ana, Julia, Cinta, Agustina, Francisca, Cristina, Vicent, Agustí, Manuel, Agustín, Ramon, Domingo, Manuel, Juan, José, Ángel, Alejandro y José. Habían llegado a la masía de Can Masdeu en los años cuarenta y cincuenta, procedentes de l'Aldea, Ulldecona, L'Ampolla, Figueres, L'Ametlla de Mar, Vilanova i la Geltrú y Borriana; o de las localidades y barrios obreros de Barcelona, a los que habían emigrado desde sus pueblos de origen en Almería, Jaén, Murcia o Albacete. Subirse a aquel autobús significaba alejarse de sus amistades, familias, parejas e hijos; pero, sobre todo, significaba abandonar un lugar en el que, a pesar del aislamiento, habían logrado preservar un cierto margen de libertad. Entrada la noche de aquel sábado de enero, el autobús enfiló la sinuosa carretera que conducía al recóndito valle de Fontilles. Llegaban a un lugar diferente y lejano al que, inevitablemente, tendrían que adaptarse. Lo que nadie sospechaba es que aquel lugar también tendría que adaptarse a lo que aquellas personas traían consigo. Por ejemplo, sus radios.

Una de las primeras reivindicaciones de la "colonia catalana de Fontilles" fue el derecho a usar sus radios personales, algo prohibido en el sanatorio desde principios de los años cuarenta. Ayudaron mucho las veinte radios que el escritor y periodista Antonio Pérez de Olaguer les trajo desde Barcelona, en el primer viaje organizado con familiares y amigos. El ejemplo cundió y la autorización del uso de radios particulares pronto se extendió a los más de trescientos habitantes que en esos momentos poblaban el sanatorio de Fontilles. A través de sus relatos, hemos sabido que aquellas radios a pilas sirvieron para escuchar música, corridas de toros y partidos de fútbol, pero, también, para asomarse a lo que ocurría del otro lado de la muralla, en un país en el que muchos buscaban, como ellas y ellos, las ondas libres.

Fontilles hoy

La exposición *Fontilles, la ciudad escondida* es un retrato material, hecho a través de objetos, sonidos e imágenes, de lo que esta pequeña ciudad fue desde su construcción en el valle de Fontilles a principios del siglo XX hasta finales de los años 80. Son imágenes fijas, que inciden en algunos rasgos característicos de este lugar, pero que apenas alcanzan a reflejar su dinamismo y los cambios que, como en cualquier otra ciudad española, se produjeron también en esta pequeña sociedad de la lepra en la que, a pesar de su aparente aislamiento, las transformaciones políticas y sociales de su entorno no le fueron ajenas. Se detiene en los años 80 porque, en esa década, Fontilles inicia su camino hacia una nueva etapa en la que su razón de ser desaparece en el entorno más inmediato.

Los nuevos tratamientos y la mejora de las condiciones de vida hicieron que la incidencia de la lepra decayera notablemente en España. El descenso de los ingresos, la generalización de la asistencia ambulatoria y las altas, cada vez más frecuentes y rápidas, hicieron que la población de Fontilles disminuyera rápidamente, manteniéndose en el sanatorio quienes no pudieron o no quisieron salir y, también, quienes optaron por volver, al final de sus vidas. En esos años, Fontilles cambió su ámbito de acción, pero no su objetivo principal, que siguió siendo la erradicación de la lepra, ahora en los países donde esta enfermedad seguía y sigue siendo endémica. La Fundación Fontilles se convirtió así en una organización implicada en la cooperación sanitaria internacional, con proyectos centrados en personas afectadas por la lepra y otras enfermedades desatendidas en países de África, Asia y América Latina. Son proyectos integrales que van más allá de la detección, el tratamiento y la prevención de estas enfermedades. Se ocupan, también, de la desactivación de los resortes legales y económicos que alimentan el estigma, a través de la rehabilitación socioeconómica de las personas afectadas o la educación de los menores arrastrados directa o indirectamente por estas enfermedades. Por su parte, el sanatorio de Fontilles alberga en la actualidad una residencia para personas mayores y un centro para la atención a personas con daño cerebral. Todas estas actividades son posibles gracias a la colaboración de las administraciones públicas y las donaciones de personas físicas y jurídicas.

Mujeres beneficiarias del proyecto de rehabilitación socio-económica de Fontilles y Shanta Jeeva Jyothi en Bangalore (India). Fotografía: Alberto Pla.

EXPOSICIÓN

Organiza

Vicerectorat de Cultura, Esports i Societat, Universitat de València

Fundació Fontilles

Fundació Hospital de la Santa Creu i Sant Pau

Colabora

Universitat d'Alacant

Sasakawa Health Foundation

Filmoteca Valenciana (IVC) GVA

Comisariado

Antonio García Belmar, Universitat d'Alacant

Imma Mengual, Universitat Miguel Hernández

Inés Antón Dayas, Universitat d'Alacant

Coordinación

Universitat de València: Alba Braza Boïls, Desirée Juliana Colomer, Norberto Piqueras Sánchez

Fundació Hospital de la Santa Creu i Sant Pau: Miquel Terreu Gascon

Comunicación

Fundació Hospital de la Santa Creu i Sant Pau: Sara García González

Diseño

Ortogràfic

Audiovisual

Helena Llopis Davó

Página web

Ortogràfic

Pau de Miguel

Fotografía

Eduardo de Miguel

Transporte

Art i Clar

Montaje e iluminación

Recinte Modernista de Sant Pau

GROP, exposicions i museografia

Prestadores

Fundació Fontilles

Arxiu de la Diputació d'Alacant

Filmoteca Valenciana (IVC)

Arxiu Històric de l'Hospital de la Santa Creu i Sant Pau

LIBRO DE MANO

Edita

Universitat de València

Servei de Cultura Universitària

Textos

Antonio García Belmar

Imma Mengual

Inés Antón Dayas

Coordinación

Antonio García Belmar

Alba Braza Boïls

Maquetación

Ortogràfic

Traducciones y correcciones

Servei de Política Lingüística UV

© De los textos y las imágenes:

los autores

© De esta edición:

Universitat de València

Esta publicación recoge los textos divulgativos de la exposición «Fontilles. La ciudad escondida», presentada en el *Palau de Cerveró* de la Universidad de Valencia, del 19 de diciembre de 2024 al 22 de junio de 2025, y en el Pabellón del Carmen del *Recinte Modernista de Sant Pau*, en Barcelona, del 18 de junio al 1 de noviembre de 2026.

fontilles

La ciudad escondida